

A medio camino

A medio camino de esta cuaresma me he encontrado con el padre de Jesús, con su padre en la tierra, con José, ese silencioso que tuvo como encargo de educar y llenar de sabiduría terrena al Hijo de María su esposa. No era ni una tarea fácil ni una lúcida, pocas personas se acuerdan de su trabajo y del amor que derrocho sobre el pequeño confiado a sus cuidados. Es verdad que tenemos pocos detalles sobre esta educación, cuando hablamos de Jesús hablamos más bien del bebe o del hombre hecho y derecho en plena posesión de su carisma de Hijo del Padre. El joven Jesús aprendiz de carpintero en Nazaret no entra más que una vez en nuestros evangelios a la edad de 12 años, cuando se queda en el Templo de Jerusalén y que sus padres lo buscan asustados por lo que le puede haber ocurrido como cualquier padre y madre lo hubieran hecho. Y hasta en este mismo momento quien habla es la madre, no oímos la voz de José y sin embargo debió de decirle algo a su hijo!

Es curioso que a San Lucas no le interesase saber más de José, ese hombre que el mismo llama “justo”, un hombre extraordinario que tuvo la responsabilidad de educar y enseñar, lo que todo niño debe aprender, al Hijo de Dios. La tradición nos dice que José murió antes de la vida pública de su hijo, cuando escribe Lucas el tiempo había pasado y los mismos discípulos no le conocieron durante su vida, muchas veces se olvida a quien ha sido discreto aunque imprescindible. En el fondo Dios mismo mantuvo en el secreto el cariño y el amor que José tuvo que derrochar hacia María y Jesús. Es la fe de José que permitió que el plan de Dios pudiese ver el día, sin él ni María hubiese podido ser la que fue, la Madre de Dios.

La colaboración de José fue algo primordial. Descendiente de David es a través de su paternidad que el niño Jesús entra a formar parte de lo que Dios había prometido a su pueblo Israel. Para la historia de nuestra salvación José es tan eslabón como María. José no habla pero sin embargo en la realidad cuantas veces debió de hablar, hablar y hacer. Sin su trabajo y su apellido Jesús no se hubiera inscrito en una familia. José calladamente fue quien enseñó a Jesús llevándolo con él a la sinagoga la tradición de Israel, claro que María estaba allí pero la misión de la madre era otra, él tenía que llevar a cabo una paternidad o cuanto responsable para la educación de este niño singular. Es por su palabra que despertó en Jesús la Palabra, es por su ejemplo que despertó en Jesús la aventura de la responsabilidad, es por sus silencios que le llevo a profundizar en su pensamiento y estructurarlo. Es a su escuela que descubre el joven el valor del trabajo, y es en sus ojos que puede leer esa confianza en Dios que hará de él el hombre capaz de entender a los hombres que ha venido a salvar.

José, San José es un abismo que deberíamos, me parece, escudriñar más, ese silencioso tiene mucho que enseñarnos a nosotros los que vivimos en una sociedad tan habladora y ruidosa. Quizás al encontrarme con él estos días ha querido decirme que este silencio suyo encierra tesoros a nuestro alcance por poco que la escuchemos. Silencio en el cual puede enseñarnos como vivir nuestra fe y nuestro amor hacia su Hijo de una manera tan llena de belleza como lo vivió él.

Laus Deo

14 de marzo de 2012

Cordélia de Castellane

